

NAURÚ

Ricardo Villasmil Bond

ricardovillasmil@hotmail.com

Al aceptar casi como una consigna nacional la frase “Sembrar el Petróleo”, los venezolanos manifestamos estar conscientes de que nuestro nivel de vida va a caer de manera dramática en el futuro si no alteramos drásticamente nuestra conducta de hoy. Pero tal y como nos muestra el más reciente documental de Al Gore –*Una verdad incómoda*–, advertir el futuro es un atributo valioso sólo si tenemos la capacidad y la voluntad para alterar las acciones que nos conducen a la ruina.

¿Por qué le damos largas al asunto? El problema estriba en la palabra “futuro”. Está demostrado que los seres humanos tendemos a planificar muy mal para eventos muy distantes en el tiempo, razón por la cual la participación en los sistemas de pensiones tiende a ser obligatoria. Todos sabemos que el petróleo será desplazado como fuente de energía, bien por agotamiento o por obsolescencia tecnológica. Pero como esto no será inmediato y prepararse para ello requiere de sacrificios importantes, lo dejamos para mañana. Lo mismo ocurre con los esfuerzos para revertir el calentamiento global, con dejar de fumar o con compartir más con nuestros seres queridos.

En ocasiones, sin embargo, eventos dramáticos nos hacen reaccionar. Tan solo con esta esperanza, vale la pena traer a colación el caso de Naurú. En principio, una isla de apenas 20 kilómetros cuadrados y doce mil habitantes situada a mitad de camino entre Australia y Hawái tiene muy poco de parecido con Venezuela. A principios del siglo pasado, sin embargo, descubrió cuantiosos depósitos de fosfato de alta calidad para la elaboración de fertilizantes. A pesar de no haber obtenido los mejores términos comerciales de las compañías extractoras, durante los años setenta Naurú se colocó entre los países más ricos del mundo en términos per cápita. Con la renta, el Estado financió muchas excentricidades: emplear al 95 por ciento de los trabajadores, su propia línea aérea, subsidiar e importar prácticamente todo, etc.

Al caer el valor y la producción de fosfato en los años ochenta, todo se vino abajo. Hoy en día su situación es patética: después de haberse rebajado al lavado de dinero y a ser campo de detención de inmigrantes ilegales a Australia, discuten seriamente abandonar la isla devastada por la explotación del fosfato –para sacarlo se requiere romper la roca en surcos que dejan conos de hasta cinco metros de alto- y comprar otra con ayuda internacional.

Veámonos en ese espejo.